

EN RECUERDO DE REYNALDO SORDO

*José Manuel Orozco**

Conocí a Reynaldo Sordo en 1988, cuando llegué al ITAM como profesor de medio tiempo. En ese año, en medio de un trabajo muy intenso, de anhelos académicos y proyectos, tuve en Reynaldo el apoyo y orientación que necesitaba. Muchas fueron las ocasiones en que, al lado de Julia Sierra Moncayo, Reynaldo me decía cómo funcionaba el Instituto, el contenido de los programas, la manera de mejorar como profesor que comenzaba en el Departamento de Estudios Generales.

Hacia agosto de 1988, trabajaba al lado de Reynaldo, Julia y Margarita Aguilera. Hacíamos los programas, fotocopiábamos materiales para materias optativas y nos quedábamos hasta altas horas de la noche. Recuerdo las risas, los análisis políticos y, de pronto, las explicaciones historiográficas de Reynaldo y Julia, mientras poníamos en bolsas los programas, etiquetábamos los textos, verificábamos los horarios. Salíamos con mucha frecuencia a las once de la noche; pero el ánimo era maravilloso.

Solíamos ir a comer a casa de Julia Sierra, la querida Julia, y, en su casa hablábamos de todo lo que surgía, reíamos mucho, y juntos, los tres, volvíamos por la tarde a trabajar a nuestro querido ITAM.

Reynaldo nunca dejaba ver todo lo que sabía y ocultaba con prudencia inaudita su conocimiento de la historia de México. Recuerdo que Raúl Figueroa, gran colega e historiador, ahora jubilado del ITAM,

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

me decía: “De la Primera República centralista Reynaldo sabe toneladas, toneladas José Manuel”. Hoy sé que tener idea de lo que fue esa Primera República centralista, con sus Siete Leyes, la conformación de los poderes de gobierno y el Consejo de Gobierno, es de extremada dificultad. Reynaldo me dio clases en su cubículo, dedicándome horas muy generosas, que se tradujeron en mi disposición a estudiar mucha historia y darme cuenta del proceso mexicano. Eran los años de Carlos Salinas de Gortari.

De agosto de 1988 a agosto de 1989, Rodolfo Vázquez, jefe del Departamento de Estudios Generales, tomó un año sabático. Reynaldo fue designado jefe interino del Departamento. En ese año, mi colaboración con Reynaldo se hizo muy estrecha. Sobre todo, porque al mismo tiempo se fueron de sabático Julia y Margarita. Eso significó trabajar en los textos, editarlos, elaborar los programas, organizar los horarios y estar en las juntas del Departamento, casi en todas las que se hicieron de todas las materias. Margarita y Julia me ayudaron en todo.

Reynaldo era un hombre sereno, con una enorme facultad de escuchar. No toleraba la injusticia, lo que lo volvía complicado; a veces, sumamente crítico. Mientras fue jefe del Departamento, solíamos celebrar el cumpleaños de un profesor con un pastel y convivio en un salón de juntas que teníamos en el tercer piso. Siempre con su saco y corbata, sin faltar nunca, y risueño conmigo, me confiaba asuntos, dificultades, buscando la salida optimista. Fue Reynaldo, en 1989, quien me propuso para el tiempo completo: “Lo logramos, lo logramos José Manuel”, me avisó muy contento. Ese abrazo, al darme la noticia, no lo olvidaré mientras viva.

En esos tiempos, Reynaldo quiso ir a caminar a la montaña. Recuerdo aquella mañana de domingo en que fuimos al Iztaccíhuatl mi padre, Francisco (esposo de Julia), los hijos de Julia, Reynaldo y yo. Caminamos horas riendo, cantando, y Reynaldo iba feliz. Le encantó la montaña, luego fuimos al San Miguel, con Alberto Sauret, los hijos de Julia, todos muy contentos.

Le gustaba mucho poner apodos, reírse de la política, hablar conmigo de lo que sentía.

Solíamos caminar por las calles de Tizapán. La ruta era la misma. La repetimos por años. Cuando terminábamos de comer en Los Alcatraces, bajábamos al empedrado de San Ángel hasta San Jacinto, pedíamos un café allá por donde está el Instituto Nacional de las Revoluciones de México. Hacíamos bromas o comentábamos algún problema personal. El ritual no varió.

Solía decirme “Josemanuelito” y se quejaba de todo lo que le disgustaba: “Josemanuelito, ¿ahora resulta que hay que privatizar todo? ¡Cómo es posible!” y comenzaba a enseñarme historia, indignado. Era de piel muy blanca, pero se ponía rojo del enojo, y luego, a los cinco minutos, estallaba en carcajadas. Siempre lo ponía en su lugar Julia, la amistad entre ellos fue total.

Reynaldo Sordo cuenta: “Javier Beristain escribió en 1979: ‘debemos comprender que nuestra labor educativa se hace en y por México, porque México nos duele y nos exige, porque el país requiere ser explicado en toda su variedad y complejidad’”. Agrega: “Un año después, José Ramón Benito me invitó a incorporarme de tiempo completo al ITAM, después de haber trabajado como profesor de asignatura durante cinco años, desde Marina Nacional. Fueron tiempos heroicos, cuando el ITAM era lo más parecido a una familia. Recuerdo que una de las principales preocupaciones de Benito era la de poner en marcha una materia dedicada exclusivamente a México, porque hasta esas fechas los cursos de Ideas incorporaban, si no mal recuerdo, al final del programa una serie de sesiones dedicadas al pensamiento mexicano”. Cuenta Reynaldo que la materia se llamó México: presente y pasado, y tenía el objetivo de analizar el México contemporáneo a la luz de su historia. Hacia 1983 se ofrecieron las materias de Historia sociopolítica de México y Problemas de la realidad mexicana contemporánea. Dice Reynaldo que “se rechazó la historia positivista, la que busca el dato por el dato, nuestros cursos no podían contener la especialización llevada al extremo. Tendrían que presentar una pluralidad de opciones que nos alejaran del pensamiento único y del oficialista, que reflejaran la universalidad de nuestra universidad, lo que estaba en juego era el formar en los estudiantes una conciencia histórica y un acercamiento al conocimiento de nuestra nación”.

JOSÉ MANUEL OROZCO

Reynaldo impartió todos los cursos del Departamento Académico de Estudios Generales. Comparto tres recuerdos en esta breve semblanza:

Médico común

Una mañana, hace casi diez y nueve años, Reynaldo me llamó a su cubículo. Me invitó a que camináramos. Salimos a San Ángel:

—Josemanuelito, Josemanuelito, estoy muy preocupado, no sé qué me pasa...

—¿Por qué Reynaldo? Dime qué tienes.

Reynaldo se detuvo a medio empedrado, le faltaba aire.

—Es que necesito operarme, ¿me recomiendas a un urólogo?

Lo llevé con el doctor José Luis Campos del Hospital Español. Recuerdo que pasó su cirugía. Fui a verlo al día siguiente. Al entrar a su cuarto, recostado y con dolor, allí estaban Julia y Linda, esposa de Reynaldo. (Reynaldo conoció a Linda, su mujer, hacia finales de la década de 1990. Ella es de Los Mochis, Sinaloa, guapa, joven, alegre, fuerte. Ella lo hizo feliz, se complementaban muy bien, él reía mucho a su lado.) La ternura de Julia, cuidando unas horas a Reynaldo, me confirmó la amistad profunda que los mantuvo cerca hasta el final.

Un día antes estuve en ese cuarto del Hospital Español, cuando se lo llevaban al quirófano. Iba caminando rápido a su lado: “No te preocupes Josemanuelito, Campitos (el urólogo) es un genio. Acompaña a Linda”.

Anuncia su jubilación

Conforme pasaron los años, nuestro momento alegre era cuando subíamos a comer con Julia y Jesús Velasco. Los cuatro en el comedor de maestros. Era frecuente que Reynaldo no estuviera de acuerdo con Julia; pero no miento al decir que Julia siempre le decía “Sí, Reynaldo, pero fíjese...”, y él se quedaba enfadado, minutos después aceptaba y

seguíamos hablando. ¿Cómo olvidar el día en que Chucho nos contó todo lo que sabía de Madero? Reynaldo acotaba, Julia precisaba y yo los escuchaba feliz.

—Josemanuelito, te tengo una noticia.

—¿Ahora qué, Reynaldo?

—Me jubilo este semestre. Linda y yo ya estamos arreglando todo. Nos vamos a Los Mochis.

—No, no la amueles ¡no! —le dije con angustia, porque sabía que no lo vería ya cotidianamente.

—Quiero escribir, salir de la ciudad. Ya es tiempo. ¿Sabes? —me dijo, mirándome fijamente— nunca, pero nunca, maltraté a ningún alumno; creo que no lo hice tan mal.

Dos conferencias memorables

Fue profesor de asignatura plus un año más. Algunos años después, Reynaldo vino al ITAM. Fueron varios los años que lo dejé de ver.

Llegó lleno de vida, tranquilo, ecuánime (fue equilibrado siempre), dueño de una prosa elegante, amena, clara, capaz de hacer de la historia una narración gozosa, llena de sabiduría. Nos habló de la vida de José María Lafragua, del amor frustrado de José María, de algo trágico:

—Y oigan esto, ¡oigan! —insistió Reynaldo—. En 1850, cuando por fin se iba a casar con el amor de su vida, Dolores Escalante, con quien se comprometió en 1849, ella murió. Nunca la olvidó. Hizo un mausoleo, y cuando murió en 1875, fue enterrado al lado de ella.

Fue una delicia escucharlo. Así también cuando nos habló de los bandidos mexicanos de entre los años de 1830 y 1840, siguiendo a Manuel Payno. Lo que quiero decir es que Reynaldo podía hacer un libro monumental y rigurosísimo, hablando de la Primera República central, o tocar un tema sencillo, y como si fuera un cuento, narrar algo fascinante que atrapaba al auditorio.

No podré olvidar su veneración por la doctora Josefina Zoraida Vázquez, a cuyo seminario de los miércoles en el Colegio de México jamás faltó. Fue el discípulo más querido de ella, quizá la más grande

JOSÉ MANUEL OROZCO

historiadora mexicana viva, quien también quiso mucho a Jesús Velasco. Reynaldo nos dejó textos como “El siglo de las revoluciones 1756-1855”, que seguimos enseñando y leyendo en Historia sociopolítica de México. Preparó también dos atlas al lado de Julia Sierra: *El Atlas histórico de México* y *Atlas de México: 1910-2010*.

Reynaldo fue un pilar del departamento, buen académico, sencillo, sabio, humilde, ácido, sonriente, solidario.

Una mañana, hacia 2015, bajé a tratar algo con Julia en su cubículo, y allí estaba Reynaldo:

—Casi me muero, fíjense que me encontraron hepatitis C, ¡nunca supe que tenía eso!

—Pero ¿cómo, Reynaldo? —pregunté.

—Pues el médico me dijo “de algo nos tenemos que morir” —dijo sonriendo.

Nos abrazamos. Entonces, Reynaldo era rector de la Universidad Indígena de Sinaloa.

Años después supe —no recuerdo cómo— que lo habían sometido a un trasplante de hígado. Y en enero de este 2022, vi la esquela que nos envió nuestra querida Laura Gómez del Campo: Reynaldo falleció el 29 de diciembre de 2021. Allá, hermano, donde estás, y con el dolor de ya no caminar juntos, peregrinar, acompañarnos, te mando un saludo entrañable, descansa Reynaldo. Nos dejaste más solos, tu memoria enriquece mi vida en el ITAM y deja mucho en mi espíritu. Te abrazo en lo que te alcanzo...